

Muchos comentaristas han intentado comprender e interpretar la elección del evangelista recurriendo al binomio «pecadoras y extranjeras». En efecto, estas mujeres tienen a sus espaldas una vida no ciertamente pura (Rajab es una prostituta, Betsabé tiene una relación extramatrimonial con David) y son de origen pagano (Ruth proviene de la región de Moab, más allá del Jordán, y Rajab vive en Jericó). Mateo, al colocarlas en la genealogía, quiere demostrar que Jesús ha venido para todos, pecadores y extranjeros incluidos. La explicación tiene su lógica y no puede descartarse fácilmente. En todo caso, no faltan algunas perplejidades que nos apremian a mirar más lejos.

Mateo es un judío que escribe, en primer lugar, a los judíos. Es urgente examinar cómo valora el mundo judío a las mujeres citadas. La gran sorpresa es la verificación de que todas las fuentes que se pueden encontrar hablan de estas mujeres con estima, mostrándolas, con títulos distintos, como modelos. Por tanto, la interpretación que las considera extranjeras y pecadoras desconoce el alto índice de aceptación, además de la profunda estima, que el mundo judío atribuía a esos nombres. Quedaría por demostrar que todas eran extranjeras y que todas eran pecadoras: Ruth no tiene nada en su pasivo, salvo el ser extranjera, señalada como ejemplo de unión a su suegra y, por tanto, a su fe y tradiciones. Tamar y Betsabé se presume que son extranjeras sin poderlo certi-

ficar con total seguridad. Además, siguiendo esta línea interpretativa, a María habría que aislarla del grupo, porque ciertamente no es ni extranjera ni pecadora. Por todos estos motivos, no son pocos los comentaristas que han adoptado orientaciones distintas.

Todas las mujeres de la genealogía, María incluida, no pertenecen de derecho a la historia de la que forman parte y llegan a ella de una forma extraña, entre bastidores. Ellas demuestran que, pese a situaciones anómalas y no carentes de dificultades humanamente insuperables, como la pertenencia a otro pueblo (Rajab y Ruth), han sido llamadas por Dios para preparar la llegada de Jesús. Tras sus personas se entrevé a Dios como «Señor de la historia», que guía y determina los acontecimientos. Es Él quien llama con disposiciones providenciales a Tamar, Rajab, Ruth y Betsabé a formar parte del pueblo judío y a participar en la preparación de la dinastía de Cristo. Ahora y siempre, es Dios quien llama a María para que lleve su contribución, original y exclusiva, de madre de Jesucristo. Su concepción virginal es la «extrañeza» que muestra una vez más la fantástica providencia divina. Todas participan, aunque con distintos títulos, en el trazado del camino de Jesús. Precisamente, con vistas a él, Dios ha conducido la historia que, también gracias a la presencia de estas mujeres (las cinco), se revela el lugar teológico donde actúa la sabiduría divina. Esta Sabiduría, que con las cuatro mujeres

del Antiguo Testamento se dejaba apenas entrever, se hace plenamente visible con María.

La presentación literaria

20 Con tediosa monotonía, la lista genealógica procede presentando al hijo que se convierte en padre, obedeciendo al esquema: «A generó a B, B generó a C, etc.», interrumpida aquí y allí por algunas anotaciones, como el título de rey atribuido a David. Repentinamente, el ritmo se rompe cuando llega el v. 16: «Jacob generó a José, el esposo de María, de la que nació Jesús, llamado Cristo». Aquí encontramos anomalías vistosas. Por primera y única vez se pasa del padre a la madre. Volveríamos a la construcción habitual si estuviera escrito «María generó a Jesús». Sin embargo, la gramática da un salto e introduce a Jesús como sujeto y a María como complemento agente: «de la que nació Jesús». Si añadimos la falta de padre y la presencia única de la madre como parte activa de la generación, debemos concluir que estamos en presencia de un hecho insólito que debe explicarse. ¿Por qué esta manifiesta transformación? ¿De quién es hijo Jesús? ¿Cómo puede decirse descendiente de David si José no tiene un papel activo en la generación? El fragmento de Mt 1,18-25, llamado «la larga nota explicativa del v. 16», pretende responder a estos interrogantes legítimos.

Un fresco estupendo

La página propuesta es un fresco estupendo, de rico colorido, poblado por muchos personajes. Mateo muestra la savia vital que sube por el viejo tronco de la historia. La escena la domina la persona de Jesús, presentado como el Mesías (Cristo) esperado; su nombre abre y cierra el fragmento, como causa inmediata y meta final de toda la historia de Israel. La genealogía se presenta como una danza de nombres al ritmo de la historia: las generaciones se suceden y marcan los años y los siglos, acontecimientos gloriosos y tristes se entrelazan, figuras ilustres y mezquinas se alternan, la vida parece transcurrir olvidando el pasado e ignorando el futuro y, sin embargo, todo adquiere sentido y valor cuando Mateo recapitula la historia trazando un diagrama tan nítido y preciso que sólo la mano de Dios ha podido diseñarlo. Jesús llega a la familia humana preparado y esperado por todos aquellos que lo han precedido, porque todos, cada uno a su manera, en el bien o en el mal, han contribuido a hacer fluir el tiempo y a vivir al ritmo de la historia. Mateo mira todo esto complacido; selecciona numerosos hechos y personas, eligiendo los más expresivos; ayuda a leer en profundidad los acontecimientos, causados por los hombres pero determinados por Dios. Es Dios quien dirige todo hacia la meta, Jesucristo. Entonces, la historia se convierte en el escenario de las representaciones de los hombres, el lugar

donde se despliega la providencia amorosa de Dios, una fiesta caracterizada por un aplauso primordial a la vida.

La Providencia introduce a Jesucristo en el tejido genealógico como hijo de David, hijo de Abrahán e hijo de María. Al final se intuye una novedad que sólo los versículos sucesivos permitirán descodificar plenamente: la presencia del Espíritu Santo prepara la comprensión de *Hijo de Dios*, vértice teológico de todo el evangelio. Aquel que, gracias a María, se ha convertido en hijo de los hombres, posee también la identidad de Hijo de Dios. El evangelio de Mateo se encarga de demostrarlo, partiendo de la escena del bautismo: «Este es mi hijo amado, mi predilecto» (Mt 3,17), pasando por el reconocimiento de Satanás: «Si eres el Hijo de Dios...» (Mt 4,6) y el testimonio de Pedro: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo» (Mt 16,16), hasta la presentación del mismo Resucitado: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20).

22

Con María, la introducción de Jesús en la historia humana es total y definitiva. Después de Jesús, la historia ya no tiene otro futuro. Después de él deja de discurrir la secuencia genealógica y parecería interrumpido el flujo de la vida: en realidad, con él nace una nueva humanidad, la que procede del Hijo de Dios, que es, además, hijo de María, hijo de David e hijo de Abrahán. Para entenderlo bien, el lector debe continuar la lectura del evangelio. Mateo ha despertado su cu-

riosidad, lo ha provocado y preparado para una correcta comprensión de cuanto sigue.

Del texto a la vida

1. ¿Estoy pendiente de leer mi pequeña historia dentro de la gran historia de mi ambiente, de mi pueblo y de toda la humanidad? ¿O bien vivo aislado de los demás, narcisistamente ocupado en construir mi vida solo o, incluso, compitiendo con los demás? ¿Cuál es mi contribución a la historia de los hombres?
2. ¿Sé leer la historia como el lugar donde el Señor despliega su bondad? ¿Soy capaz de hacer «teología de la historia», es decir, de ver la presencia de Dios en las personas y acontecimientos, pequeños y grandes, de cada día? ¿Me reservo, para esto, espacios de silencio contemplativo, para leer en las irregularidades profundas de mi vida? ¿Soy capaz de introspección sana y seria? ¿Me resulta fácil pasar, después, a la oración de alabanza y de acción de gracias por el bien que encuentro en mi vida, a la oración de arrepentimiento por las insuficiencias e inobservancias?
3. ¿Estoy convencido de que, para el cristiano, todo tiene un sentido, aunque no inmediatamente comprensible, porque Dios impulsa

siempre hacia el bien? Como consecuencia,
¿vivo mi existencia con un optimismo funda-
mental? ¿Puedo decir que ha discurrido preci-
samente así la semana pasada?